

LA CASA DE NIÑOS EXPOSITOS.

El 11 de Enero de 1766, es un día de gratísima memoria para los amigos y protectores de la infancia, y para todos los habitantes de esta hermosa Capital, porque en aquella fecha memorable se inauguró con gran aparato y solemnidad la Casa de Niños Expósitos, que es un monumento perdurable del interés que ha inspirado siempre á la sociedad la beneficencia pública, del cual debe estar satisfecha y orgullosa esta población, por los tiernos y delicados servicios que presta á la humanidad tan útil y grandioso Establecimiento.

Era en aquella dichosa época Arzobispo de México Don Francisco Antonio de Lorenzana, prelado ilustre, piadoso y muy caritativo que, no contento con haber fundado la Casa de Maternidad é Infancia, dedicó gran parte de su fortuna á la construcción del magnífico edificio en que actualmente se halla aquella benéfica Institución, y la siguió atendiendo con cuantiosos recursos pecuniarios hasta el año de 1771, en que regresó á España, en donde fué agraciado más tarde este ilustrado y venerable sacerdote con el nombramiento de Cardenal y Arzobispo de Toledo. Era tanta su predilección por esta Casa, que siguió favoreciéndola desde su patria con importantes donativos de sus rentas atrasadas.

En los Estatutos de la Casa, formados por este insigne prelado, se dispuso que los asilados llevarían su apellido, porque siendo él de ilustre abolengo creyó que los ennoblecía

considerándolos como sus descendientes, á fin de que olvidasen su triste y desdichado origen.

Por su legítima y decisiva influencia en el Consejo de Indias, consiguió que se expidiese la real cédula de 19 de Febrero de 1794, que publicó por bando la Audiencia en Julio del mismo año, declarando legítimos á los expósitos para los efectos civiles, habilitándolos para que pudieran obtener toda clase de honores y empleos, y exceptuándolos de sufrir penas infamantes. Pero desgraciadamente todas estas laudables disposiciones, no fueron bastantes para vencer las preocupaciones nobiliarias tan arraigadas en aquella época, lo mismo en Europa que en América, y los pobres asilados eran vistos con lástima ó con desdén por el público, que les llamaba *cuneros*, lo mismo que á los asilados de las casas establecidas por maese Guy en Francia y en Italia y del mismo modo que se llamaba *incluseros* á los de España.

Cuando el Gobierno del ilustre Juárez, restableció el imperio de la Constitución, á su regreso á esta Capital procedente del Paso del Norte, se hallaba al frente de la Casa de Niños Expósitos un sacerdote venerable, de un carácter dulce, tierno y cariñoso, que en su ardiente celo en favor de sus queridos hijos, como llamaba á los expósitos, llegó hasta el extremo de dedicarles una parte de sus rentas para que nada les faltase en el asilo.

Este respetable sacerdote, diligente y caritativo, se llamaba Don Francisco Higareda, que llegó á tener en la Casa 200 niños asilados, además de 100 que permanecían en el campo al cuidado de sus nodrizas.

En aquella sazón cumplía 16 años de edad un niño llamado Joaquín, á quien llamó el Director un día para preguntarle si quería aprender algún oficio, á fin de proporcionarle los elementos necesarios, porque así estaba dispuesto en el reglamento.

Este niño era uno de los más aprovechados en la escuela; tenía un carácter suave y apacible, y se manifestaba siempre

sumiso y obediente con sus superiores, por lo cual le quería y consideraba el ilustrado Director. Mucho se sorprendió cuando oyó decir al niño, entre lágrimas y sollozos:

—Padre, yo no quiero aprender oficio; desearía estudiar para ser minero.

El Padre, enternecido y lloroso también, le replicó, que tal carrera era muy dilatada, y que no podía seguirla por carecer de recursos.

Pocos días después de esta conversación salía el niño Joaquín de la Casa de Niños Expósitos, y al despedirse del señor Director recibió de éste un pequeño bulto con ropa nueva y un saquito con algunas monedas de plata grandes y pequeñas.

Algún tiempo después, este jóven, maltratado ya grandemente por la fortuna y las inclemencias del tiempo, se presentó en la Negociación Minera de Quebradilla, en Zacatecas, preguntando por el Sr. Director, que lo era á la sazón Don Joaquín M. Ramos, quien recibió con amabilidad, casi con ternura al adolescente, que pretendía una ocupación cualquiera en la mina, porque no tenía recurso alguno para atender á su subsistencia.

El Director que era, mejor dicho, que es, hombre de gran corazón y de sentimientos generosos, dió algún dinero al mancebo y le ofreció colocarlo de zorra, advirtiéndole que se presentase en la bartolina al día siguiente á las seis de la mañana.

Cumplido y exacto anduvo el adolescente mexicano; pues mucho antes de las seis ya estaba esperando á su superior. Bajaron ambos algunas escaleras, con tanta fatiga y trabajos, por la impericia del mancebo, que el Director se vió obligado á desempeñar el papel de zorra, llevando la candela y conduciendo al pobre aficionado, el cual llegó á los planes de la mina tan cansado y molido que fué preciso subirle de allí en la honda por el tiro.

Pasados algunos días, bajaba el adolescente las escaleras

con tal destreza y donaire; era tan expedito para el manejo de los instrumentos mineros; y tan servicial, atento y cariñoso con el Director, que éste le cobró gran afecto y compadecido de la triste situación de aquel joven, al par que persuadido de su clara inteligencia y constante aplicación al estudio, porque muchas noches le sorprendió en su habitación leyendo los textos mineros, le propuso que se dedicase á estudiar para Ingeniero, ofreciéndole su protección y ayuda.

Era el Sr. Ramos Director y catedrático del Instituto de Ciencias del Estado, con lo cual queda dicho que allanó inmediatamente todas las dificultades que se presentaron.

Desde el primer año, en que fué aprobado némine discrepante el escolar, hizo prodigios de aplicación y habilidad hasta llegar á obtener el título de Ingeniero en aquel Establecimiento, siempre bajo el generoso amparo y decidida protección de su maestro querido, de su respetable y cariñoso padre, como le llamaba al Sr. Ingeniero de Minas Don Joaquín M. Ramos; de cuya pericia, actividad, inteligencia y arrojo he tenido ocasión de hablar otra vez, con motivo del formidable incendio de la mina de Quebradilla, de la que le sacó asfixiado un gambusino inteligente, valeroso y simpático, que desempeñaba entonces en la Negociación el cargo de minero de cuarto.

De esta tan plausible manera, el expósito, el inocente niño que fué arrojado por sus padres en el torno de la Cuna, desde que dió el primer vagido, ese sonido inexplicable que hace estremecer de dicha y de placer á dos seres felices, llegó á ser un hombre útil á la sociedad y á la patria, muy estimado de todos los que le conocieron por su buen trato, sencillo y agradable, por su instrucción y su talento.

Este hombre inteligente, honrado y laborioso, acaba de dejar este valle de desdichas, causando un duelo general en los zacatecanos.

El Periódico Oficial de Zacatecas, fecha 17 del mes próxi-

mo pasado, enlutando sus columnas, publicó el siguiente suelto:

“EL SR. INGENIERO JOAQUÍN LORENZANA RIVERO.

“Ha pagado su tributo á la naturaleza el apreciable amigo nuestro, con cuyo nombre encabezamos estas líneas; falleció á las 11 y 5 m. p. m. del Jueves 15 del corriente, á consecuencia de una pleuro-neumonía aguda.

“A plumas mejor cortadas que la nuestra corresponde escribir su biografía, que bien merece tal honra un hombre benéfico y útil; un hombre que sin elementos ningunos y con sólo sus propios esfuerzos, se conquistó un lugar distinguido.

“Diremos únicamente que su honradez é instrucción, su patriotismo y excelente trato social lo hicieron acreedor á las simpatías y consideraciones de la sociedad zacatecana.

“La instrucción pública mereció toda su atención y se dedicó con ahinco á mejorarla en cuanto su posición oficial se lo permitía, era su bello ideal.

“Como Regidor de la Asamblea municipal y comisionado del ramo de instrucción, fué Presidente de la Junta local y desempeñó concienzudamente su cometido. Sirvió también algunas cátedras en el Instituto de Ciencias, relativas á su profesión, y alguna vez desempeñó interinamente la Jefatura Política del Partido de la Capital.

“Fué por último, un ciudadano útil á la sociedad, la cual está de duelo por su lamentable pérdida.

Descanse en Paz.”

He presentado en este artículo á los lectores dos Mineros muy dignos de estimación y de respeto, por sus apreciables prendas personales, su clara inteligencia, su amor á la humanidad y su incansable afán por el trabajo: ambos muy dignos también de alabanza, tanto el expósito humilde y resignado, que con denuedo inquebrantable fué subiendo uno

á uno los peldaños de la escala escolar hasta penetrar triunfante y satisfecho en el templo de la sabiduría y officiar en el altar de los honores y consideraciones sociales, como el Director, el Profesor, el Maestro, que le tendió su mano franca y generosamente para que no desmayase en ascensión tan difícil y peligrosa.

Cábeme la inefable satisfacción de haber dado á conocer hechos tan grandiosos, ejecutados por mineros zacatecanos, ameritados y distinguidos por sus importantes servicios, su vasta instrucción y claro talento. Queda uno solo, el de más edad, que no hace muchos años fué Director del Instituto Científico del Estado de México; que durante algún tiempo tuvo á su cargo, con buen éxito, la importante Negociación de Minas de Concepción, en Catorce, Estado de San Luis Potosí; y que dirige ahora, con acierto, una gran Empresa minera en el de Michoacán, acaso la primera de las que existen en aquel Estado; sólo que este apreciable Ingeniero, como todos los hombres de mérito, es muy modesto, y temiendo estoy que lo que llevo dicho haga perder algunos quilates á nuestra antigua y buena amistad: si así fuese, nunca me consolaría de tamaña desdicha.